

Símbolos que transmiten vida, son memoria viva

Jesús Sánchez Ramos - CDP Padre Jacobo (Málaga).

Siempre pensé que los símbolos eran cosas quietas: colores, escudos, figuras inertes. Pero esa madrugada, cuando por simple aburrimiento abrí la vieja caja que siempre fue del abuelo, descubrí que algunos símbolos tienen vida. Hay algunos que respiran, laten o, incluso, hablan. La tapa crujío como si estuviese encajada a presión, y un destello verde y blanco se extendió por la habitación como un amanecer inesperado.

Dentro, envuelta en una tela que olía a campos húmedos y a recuerdos, reposaba la bandera de Andalucía hecha por Blas Infante. La tomé con delicadeza, como quien sostiene la primera luz del día antes de que el mundo termine de abrir los ojos. Al desplegarla, el aire pareció detenerse. El verde brilló con la suavidad de una hoja recién nacida; el blanco, como si fuese un destello de paz cuando más lo necesitas

Entonces vi el escudo tejido por mi abuela. Hércules, entre dos leones, no me pareció ya un héroe mitológico, sino un guardián antiguo del espíritu de esta tierra. No luchaba; no atacaba. Calmaba. Serenaba todo lo que se encontraba a su alrededor con una firmeza tranquila, y entendí que ese gesto era tan nuestro como el olor a azahar en los patios de los pueblos: la valentía sin arrogancia, la resistencia sin gritar.

Bajo la bandera se encontraba una carta escrita por mi abuelo. Su letra, torpe y temblorosa, parecía escrita con el pulso del viento:

"Nieto, el verde y el blanco no son colores. Son promesas. El verde guarda la esperanza que siembra el campo y la que aguardan los árboles en silencio. El blanco custodia la paz, esa que a veces cuesta más que la vida y sin la cual no hay horizonte posible."

Levanté la vista. La habitación se había vuelto más clara, como si el sol hubiera querido escuchar la carta conmigo. Seguí leyendo:

"Mira bien el escudo. En esas columnas está la historia de una unión: una unión entre mares, entre culturas, entre idiomas que un día convivieron sin miedo. Somos hijos de muchas voces, y por eso nuestra identidad no divide: mezcla."

Aquellas palabras se quedaron suspendidas en el aire, moviéndose como pañuelos en carnavales. Pensé en Córdoba, y sus arcos; en Cádiz, contemplando sus playas como quien busca una respuesta; en Granada, soñando todavía en la Alhambra; en Sevilla, la capital del flamenco, y así, me di cuenta que cada provincia es única, formando una hermandad entre provincias en la que todas se complementan, lo que le falta a una lo tiene la otra y viceversa. Pensé en los caminos blancos que serpentean entre montañas donde el tiempo camina descalzo.

"Hércules representa la fuerza", escribía el abuelo, "pero fíjate bien: una fuerza que no destruye, sino sostiene. Los leones no son enemigos, sino voces que necesitan ser escuchadas. Así debe ser nuestra fuerza: una que abra puertas, no que las cierre."

En las últimas líneas, hallé el lema que tantas veces había escuchado sin comprenderlo del todo:

"ANDALUCÍA POR SÍ, PARA ESPAÑA Y LA HUMANIDAD"

Pero aquella noche, en la quietud cálida de la casa, esas palabras dejaron de ser una frase. Se volvieron camino.

"Por sí", decía el abuelo, porque valemos por nosotros mismos.

"Para España", porque somos parte de un país que también se sostiene en nuestras manos y es de nuestra responsabilidad.

"Y para la Humanidad", porque nuestros valores; la luz, la mezcla y la esperanza pueden viajar más lejos que nosotros mismos.

Al acabar la carta, apoyé mis dedos sobre el tejido de la bandera. Estaba templada, como si guardara el calor de quienes la habían tocado antes: jornaleros con callos en las manos, maestras que enseñaban el himno, abuelas que contaban historias bajo un olivo, el espíritu de nuestra tierra.

Me levanté, salí al balcón y dejé que el viento jugara con ella. El verde y el blanco temblaron despacio, como si saludaran al horizonte. En ese temblor, escuché algo que no esperaba: una música suave, un latido antiguo, como si la tierra misma respirara a través de los colores.

Y supe entonces que los símbolos no son objetos. Son memorias. Son ecos. Son raíces. Son voces.

Y esa voz, aquella noche, me llamó por mi nombre.